

Un canto a La Habana desde la distancia y con lucidez

Por Marcia Morgado

Antonio Orlando Rodríguez se prepara para el lanzamiento en el mercado norteamericano de *Aprendices de brujo*, su primera novela. En animada entrevista exclusiva para *Harper's Bazaar* cuenta cómo y por qué la escribió.

Pausado, gentil, perspicaz e inteligente, reservado y silencioso, pasmosamente en ocasiones. Su voz es suave y mesurada al hablar. Da la impresión de que siempre está en control de cualquier situación. Alto, delgado, de porte intelectual y sobrio, lo que refleja en sus colores preferidos: gris, blanco o negro. A pesar de que su actividad favorita es estar tumbado en una hamaca y “no hacer nada”, Antonio Orlando Rodríguez es autor de dos libros de cuentos que publicó en Cuba y tiene en su haber una larga lista de títulos de literatura infantil. Estudió periodismo en la Universidad de La Habana, ciudad donde se formó y que lo definió como habanero profundo. De allí guarda su gusto por el sabor del batido de mamey y el aroma de jazmín.

En 1991 marchó de La Habana rumbo a Costa Rica, para después vivir en Colombia antes de finalmente radicarse en Miami, donde reside desde 1999. Ahora la editorial neoyorquina HarperCollins se dispone a lanzar *Aprendices de brujo*, su primera novela, simultáneamente en español e inglés. La traducción al inglés, titulada *The Last Masquerade*, estuvo a cargo del magnífico poeta y novelista Ernesto Mestre-Reed, quien logró inyectarle el dinamismo narrativo del original.

Aprendices de brujo es un canto a La Habana, epicentro emocional para tantos hijos desperdigados por el mundo. Y es también una alucinante y desenfadada aventura donde se entrelazan dos narraciones y predomina el humor dotado de erotismo.

Harper's Bazaar: *Aprendices de brujo* es tu primer libro traducido al inglés. ¿Sorprendido o lo intuías?

Antonio Orlando Rodríguez: La noticia de que HarperCollins publicaría la novela en inglés y en español fue, por supuesto, una tremenda y muy grata sorpresa. Pero que lleven un libro tuyo de un idioma a otro es una aventura que siempre asusta un poco. Es como interpretar con una flauta o un violín una melodía que fue concebida para el piano: el resultado puede ser delicioso al oído... o un desastre. Hace unos años me tradujeron un libro de cuentos para niños al portugués y tuve la suerte de que lo hiciera Ruth Rocha, una de las grandes autoras de la literatura infantil brasileña. Cuando vi la edición, quedé encantado. “Caramba, así escribiría yo en portugués”, fue lo que pensé. En esta oportunidad, la suerte volvió a favorecerme, pues la traducción se la encargaron a Ernesto Mestre-Reed, quien trabajó con un gran respeto por el

texto y una enorme pasión. Desde el primer momento se entusiasmó con el libro, y ese gusto se siente en su traducción.

HB: ¿Qué haces al despertar? ¿Mantienes una rutina de trabajo? ¿Eres diurno a nocturno?

AOR: Soy absolutamente diurno. Si por alguna razón tengo que trabajar de madrugada, al día siguiente soy un zombie. En cuanto me despierto, corro a conectarme a internet (se ha vuelto una adicción), echo una mirada a los pocos mensajes que no son spam, leo algunas noticias, me tomo un vasito de jugo y me doy una ducha. Después me siento frente a la computadora, pero no siempre para escribir. Desde hace poco me ha dado por salir a caminar temprano, y rumiar las ideas hasta que se me aclaran y se organizan.

HB: Cuéntanos el proceso del desarrollo de la trama principal de *Aprendices de brujo*.

AOR: Hace algunos años, cuando vivía en Bogotá, compré una biografía de Eleonora Duse. De vuelta a mi apartamento, tomé un bus y durante el camino me puse a hojear el libro. De pronto se me ocurrió averiguar si ella había actuado en Cuba alguna vez y, en efecto, encontré un parrafito en el que se mencionaban unas funciones que dio en La Habana, en 1924, poco tiempo antes de morir. Entonces me vino a la mente una idea: “¿Qué pasaría si dos caballeros jóvenes de Bogotá viajaran a La Habana para ver en escena a la Duse?”. En unos minutos la historia se armó en mi cabeza. Y cuando me bajé en mi parada estaba decidido a escribirla. Investigué durante muchos meses, leyendo biografías, periódicos, libros de historia... En la novela aparecen muchos personajes tomados de la realidad y, aunque lo que dicen y lo que hacen es ficción, tuve que documentarme sobre ellos y sus circunstancias. Siempre escribo en la computadora. Escribo y corrijo todo el tiempo, y sigo revisando el texto hasta que lo mando a la imprenta y ya no queda otro remedio que desprenderme de él.

HB: ¿Qué te decide a contar una historia?

AOR: Para escribir una historia, tiene que atraparme. Nunca escribo para desarrollar una tesis, para reflejar sentimientos o para hacer malabares con el lenguaje. Simplemente soy un narrador, cuento las historias que, como lector, me gustaría que alguien me hubiera contado. Para mí, escribir es como empezar a tirar del hilo de un ovillo. La voz narrativa y sus matices suelen cambiar con cada texto, pero siempre hay algo que lo hace reconocible, que vincula al nuevo personaje narrador con otros que has creado. Supongo que es la personalidad del autor, su manera de ser y de ver el mundo, que se filtra, a veces de forma involuntaria, y se suma al discurso de sus criaturas de ficción. Encontrar la frase inicial es clave, esa primera línea de un cuento o de un capítulo equivale al disparo que hace que los atletas empiecen a correr.

HB: *Aprendices de brujo* se desarrolla entre Colombia y Cuba. ¿Qué te llevó a decidirte por esos lugares?

AOR: Bogotá y La Habana son dos lugares que conozco bien y me di cuenta de que podía sacarle partido al contraste entre ellos, porque tienen paisajes, atmósferas, costumbres y sensibilidades muy distintas. Mientras escribía la novela, disfruté mucho recorriendo los lugares en que se mueven los personajes. Recrear La Habana fue especialmente difícil. De mi última visita, en 1994, salí impresionado por la suciedad, la destrucción y la vulgaridad. Tuve que hacer un ejercicio de abstracción para imaginar lo que pudo haber sido esa ciudad 70 años antes.

HB: ¿Cuál es el sitio donde te sientes más a gusto en tu casa?

AOR: En mi escritorio. Allí están los libreros repletos de diccionarios, enciclopedias, gramáticas y libros de viajes. Tengo delante la computadora y tres grabados de Zaida del Río (están hechos al estilo de los cómics y se titulan *Historias de amor*). A la izquierda hay dos dibujos que me encantan, regalo del pintor argentino Raúl Díaz; a la derecha, dos puertas de cristal dan a un enorme patio al que yo mismo le corto la hierba. Cuando me aburro de trabajar o estoy en uno de esos días en que creo que debería dedicarme a cualquier otra cosa menos a la escritura, me pongo a regar las matas. Es una terapia que a veces funciona.

HB: ¿Qué ocupa tu tiempo ahora?

AOR: Después de *Aprendices de brujo* escribí varios libros para niños, entre ellos uno que está a punto de aparecer en Alfaguara y que se titula *El rock de la momia y otros versos diversos*. Ahora trabajo en una segunda novela para adultos que, como la primera, tiene un trasfondo histórico y se inspira en un personaje real y verdaderamente insólito. Comienzo a sospechar que, para mí, escribir una novela es un pretexto para sumergirme en otras épocas.

HB: ¿Eres tan calmado como parece o te controlas? ¿Qué te irrita?

AOR: Eso –permíteme citar a La Lupe– es “puro teatro”. Como decían antes, “la procesión va por dentro”. Detrás de esa aparente calma, hay un caos energético que, con mucho esfuerzo, consigo controlar. Me irritan, entre otras muchas cosas, la arrogancia, la estupidez y la grosería.

HB: ¿Qué es lo que más extrañas: lugar, actividad, ambiente?

AOR: Dejar atrás tres países –Cuba, Costa Rica, Colombia– me entrenó para no extrañar casi nada. Lo único insustituible son los afectos.

HB: No pienses, sencillamente dime cómo te sientes en este momento...

AOR: Lo siento. ¡Lo pensé demasiado!

Sobre el tema de la ciudad protagonista, Antonio Orlando concluye: “La Habana es como un grillete del que uno no logra desprenderse, una suerte de paraíso maldito que se ama y se odia

con la misma intensidad. La meca de la represión, pero también el espacio insustituible de las cosas y las gentes entrañables. Esa ciudad se vuelve más asombrosa a medida que conozco otras. A veces la añoro, pero sin perder la lucidez”.

Publicado en la revista *Harper's Bazaar*, edición en español, Ciudad de México, abril de 2005, pp. 40-41.